

LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los dias 1, 8, 16 y 21 de cada mes.—El precio de suscripcion es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su insercion, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean ajenos al objeto de esta publicacion, dirigiéndose á la redaccion, calle de Belen, núm. 19.

Seccion científica.

LOS TRES HERMANOS.

El campamento cristiano se extendía delante de las murallas de Gibraltar, plaza de que se habian apoderado los musulmanes á favor de los disturbios verificados durante la menor edad de Alfonso XI.

En medio del campo se alzaba una tienda lujosa y decorada con las armas de Castilla y de Leon; era la tienda del rey.

Es el amanecer del 26 de Marzo de 1326: el puro cielo de Andalucía se halla empañado por una nieblina pardusca, fea: el aire que se respira fatiga los pulmones: el ejército cristiano tembloroso y contristado observa aquel cielo, respira aquel aire, y el espanto y el terror pánico se pinta en su semblante. Un silencio aterrador reina en el campamento, silencio que ni interrumpe el grito del centinela, que cubierto con su acerada armadura guarda con descuido el puesto que le estaba confiado.

De cuando en cuando, cuatro hombres conducian un cadáver, le daban sepultura, y despues, como asombrados de tanto valor, huian presurosos.

La peste se habia declarado en el campamento. Aquellos hombres que mil veces habian desafiado la muerte en sus continuas luchas, que acero en mano se arrojaban sobre la morisma, despreciando sus alfanjes y gumias, se aterraron ante el enemigo que ahora les acomete, y á la muerte de cada nuevo soldado, un rumor sordo demostraba el disgusto con que se veia la temeridad del fogoso monarca, que contra la cólera divina luchaba por apoderarse de aquella plaza, su única ambicion.

En vano D. Juan de Lara y D. Hernando Manuel, ricos homes los mas poderosos, disuadian

al valeroso Alfonso XI y le aconsejaban, á levantar el cerco: él les contestaba:

¿Qué puede suceder? ¿Que la muerte nos sorprenda en nuestra carrera gloriosa? ¿Dónde puede morir un soldado mejor que en la guerra? ¿Huir el peligro es solo digno de mujerzuelas y de almas débiles! ¿Por mi nombre, que si no os hubiera visto al frente de vuestras mesnadas derribar turbantes y atravesar corazones moros dudára de vuestro valor! ¿Fuera de vanas supersticiones! ¡Antes del 1.º de Abril, Gibraltar es nuestro!

Los nobles callaron: los soldados temblaron ahogando sus réplicas y devoraron su disgusto, porque el rey era muy justiciero, y no hubiera dejado impune aquel acto de rebeldía.

La mañana del 26 de Marzo, un grito terrible salió de la tienda del monarca: acometido de la peste, estaba próximo á espirar.

Ningun remedio humano pudo salvarle, y sucumbió víctima de su afan de conquista y su temeridad.

Este desgraciado fin tuvo el célebre Alfonso XI, que siempre afortunado en sus campañas, redujo á los mahometanos al mas deplorable estado. Sobre su cuerpo, contraido por el dolor y donde estaba impresa la fatal enfermedad que le condujo al sepulcro, colocaron las banderas conquistadas por él, y los valientes veteranos de la batalla del Salado, con lágrimas nacidas del fondo de sus corazones, y quizás las primeras que aquellos valientes vertian, demostraron su dolor y lo mucho que sentian la desgracia irreparable.

Alfonso XI fué un gran rey: envuelta su menor edad en luchas sangrientas entre los nobles que se disputaban la rejencia, apenas tomó las riendas del Estado castigó con firmeza y hasta con rigor á los culpables y sediciosos, y en cambio llenó de premios y repartió mercedes á los que habian sido leales. En su tiempo empezaron á tener fuerza las leyes que su abuelo Alfonso el Sábio promulgó, conocidas con el nombre de *Las Siete Partidas*, reprimió el orgullo de los grandes,

y fué tan buen monarca para el pueblo, como poco cuidadoso del bien de su familia, lo que acarreó á la nacion graves disturbios y produjo los torrentes de sangre que corrieron durante el reinado siguiente.

Enlazado con Doña María, de Portugal, pronto la abandonó, para correr á los brazos de la hermosa Leonor de Guzman, que olvidando su posicion de criminal favorita apareció como única dama del rey, dueña de su voluntad y única que merecia su amor. Tuvo con ella muchos hijos é hijas: los que de mas nombradía gozaron fueron D. Enrique, despues conde de Trastámara, y Don Fadrique, maestre de la orden de Santiago, gemelos, y D. Tello: considerábaseles como á verdaderos y legítimos infantes, tenian su corte compuesta de los hombres mas nobles y poderosos de Castilla, seguian á su padre en todas las campañas, y estos favores y distinciones herian á su lejítima esposa que sola, olvidada, en algun réjio alcázar, impotente, sin auxilio, devoraba en silencio sus celos, y á cada ultraje que recibia, crecia mas y mas su cólera y deseos de venganza: con ella estaba su hijo D. Pedro, heredero de la corona de Castilla, veia sufrir á su madre, á veces miraba sus lágrimas, y con la mirada de un hombre enérgico y resuelto que mostraba con su delicado y jóven semblante de quince años, detenía aquel llanto justo de la esposa ofendida en su amor y en su dignidad.

Tal era la disposicion en que se encontraba el reino de Castilla á la muerte de Alfonso XI. Como un capitan entendido que con su prudencia y talento dirige el buque por un mar alborotado y lleno de escollos, pero que aplaca las olas librándose de su furor, y evita los escollos, conociendo bien el rumbo que ha de seguir, D. Alfonso, dirigió su reino, ahogando las ambiciones de los grandes, dando leyes al pueblo: conduciendo á los unos y al otro al campo de batalla contra el comun enemigo, supo acallar sus murmullos, llenando su frente de laureles conquistados entre montones de cadáveres musulmanes: la alegría de la victoria les quitaba toda idea de sublevacion, y D. Alfonso despues de procurar el bien de sus pueblos, corria presuroso al lado de la bella Leonor á satisfacer sus deseos amorosos: pero el inteligente marino faltó: las olas al sentir inerte la mano que las sujetaba, se alzaron espumosas y amenazaron derribar el buque, que de escollo en escollo, quedó al fin de la borrasca muy débil y malparado.

Apenas dió el último suspiro el monarca, cuando en su mismo campamento se levantó bandera y se aclamó por rey al lejítimo sucesor, al hijo de Doña María, la esposa ultrajada y que yacia olvidada en el alcázar de Sevilla, y aclamó

á D. Pedro, jóven de quince años, á quien el pueblo miraba con singular predileccion, pues á pesar de su juventud ya se reflejaban en sus acciones aquel valor, aquella enerjia y aquel modo de gobernar que tanto admiró el pueblo en su padre, y que tan inmenso bien reportaba á la nacion, si no la hubiera dejado envuelta con tanto mal por sus disgustos familiares.

Entonces la reina Doña María respiró, la venganza y el ódio que ocultaban en su corazon iban á quedar satisfechos, y cual sombra fatal, acompañó á su hijo en todas las circunstancias: cuando se le presentaba ocasion de vengarse de algun insulto hecho en la vida de su esposo, influia en el ánimo de D. Pedro, sus lágrimas, lágrimas de madre que siempre van derechas al corazon de los hijos, unidas á los consejos de su ambicioso ayo D. Juan Alfonso de Alburquerque, impedían al rey á dar las sentencias terribles con que empezó su reinado.

Doña Leonor de Guzman se encerró en Medina Sidonia, pueblo de su pertenencia; de allí, asustada de las amenazas de Alburquerque, y confiando en que el jóven rey respetaría á la dama á quien su padre, recién muerto, tanto habia amado, se presentó en Sevilla, donde en medio de las exequias de D. Alfonso, fué presa por el ódio de la reina madre. Sus hijos y partidarios se retiraron á lugares fuertes para ponerse en estado de defensa, si andando el tiempo, el rey trataba de apoderarse tambien de sus personas.

Un nuevo incidente vino á descubrir á Don Pedro, á qué clase de enemigos entre la nobleza podia temer mas.

El rey cayó gravemente enfermo: los médicos le desahucieron, y los nobles principales, sobre su mismo lecho, en que yacia casi moribundo, empezaron á luchar para apoderarse de un trono que aún no estaba vacante: la juventud venció á la enfermedad, y D. Pedro, al salir del lecho, conoció el estado de su reino, los hombres á quien debia temer, los varones justos y rectos á quien debia premiar; y cual si su dolencia le hubiera dado mas ánimo y enerjia, emprendió esa terrible lucha que sostuvo diez y nueve años y á cuyo término encontró la muerte: se encaminó por una senda escabrosa, donde los puñales de los traidores le amenazaban á cada paso, y solo, sin auxilio de nadie, declaró guerra abierta á la nobleza reboltosa de Castilla: él sucumbió, pero cansado de derribar cabezas de traidores. El fué el primero que combatió directamente las prerogativas de la nobleza: él fué el primero que dijo: tenéos, opulentos señores, soy el rey: entre vosotros y yo existe una barrera insuperable: él fué el primero que dijo al pueblo: ven, te ayudo, pero ayúdame: la nobleza me ódia porque coarto

sus ambiciones, porque no dejo que destrozé mi trono, porque quiero ser rey, y ese enemigo que tan encarnizado me acometió, es el tirano que te azota; el que te roba, el que se apodera de tus bienes, el que no te deja disfrutar ni aun del objeto de tu amor, el que te oprime, insulta y destroza; pues que á los dos nos aborrece, unámonos y humillemos su cerviz erguida; serás mi pueblo querido, y en mí hallarás tu único señor: yo te rejiré con suavidad, con justicia, te daré nuevas leyes que te hagan aparecer como hombre, no como miserable esclavo: ¡vamos á luchar! Este era el rey D. Pedro, ésta la obra que emprendió; obra grande, heróica, superior á cualquiera hombre que no hubiese tenido su resolución, su enérgica voluntad y su indomable valor. Este era el rey D. Pedro, de quien nuestros poetas hacen mil elogios, á quien alaban mil historiadores, sobre quien lanzan otros su maldición y le llenan de vituperios, apellidándole á boca llena el cruel, *el avariento, el lujurioso*, y cuantos nombres infamantes acuden á su imaginación. No es nuestro Album lugar á propósito para tratar con detención de este rey, elevado á las nubes por unos, pisoteado en el cieno por otros, ni nuestros conocimientos son suficientes para salir de tan árduo é intrincado laberinto, pero con todo, llevados de las ideas que desde la infancia concebimos por éste monarca de carácter cuestionable, procuraremos manifestar nuestro juicio sobre algunas de las crueldades que se le atribuyen, que dejan de serlo desde el momento que se examinan los hechos, teniendo presente el estado de las cosas y las épocas en que sucedieron.

En los artículos siguientes procuraremos llenar nuestro cometido, probando que muchos de los crímenes que se achacan á D. Pedro, ó no los cometió él, ó debió cometerlos para salvar su persona en la terrible lucha que tenía empeñada con la nobleza, lucha que él aceptó porque si la rehusaba, los perjuicios que se seguían al poder real eran inmensos, y su corazón, verdadero corazón castellano, no podía consentir acciones que le denigrasen: el mundo asombrado le vio caer, pero después de una lucha heróica, y en que solo pudo vencerle la traición y la infamia.

F. DE P. VELÁZQUEZ Y LORENTE.

ESPAÑA Y ÁFRICA.

¡Sus! ¡pronto á la pelea,
Ya la tardanza al español enoja:
La espada centellea
Tinta ya en sangre roja....
Guay del moro si al África se arroja!
Larrea!

En los solennes momentos porque atravesamos, cuando desde las erizadas crestas del piri-neo, hasta las playas africanas, se escucha el

grito de guerra; cuando la España de hoy, dejando á un lado cuestiones interiores, se alza majestuosa y potente como la España de ayer; cuando la prensa de todos los matices une su voz á la de la nación entera, sería un crimen nuestro silencio.

A pesar de que la naturaleza de este Album nos pone á cubierto y nos dispensa de tratar cuestiones semejantes, nuestro joven corazón, nuestro ardiente españolismo y nuestro pátrio entusiasmo nos imponen el deber de hacerlo.

Ardientes admiradores de todo lo grande, de todo lo heróico, de todo lo que tienda á aumentar el catálogo de nuestras glorias nacionales, nos sentimos embriagados de placer al ver llegado el momento, de que nuestra patria, la antigua reina de dos mundos, la temida España, cuyas agueridas lecciones infundieron pavor y espanto á todas las naciones de la tierra, después de largos años de postración y enervamiento, se alza como un solo hombre, y sus hijos, dejando á un lado mezquinas luchas de partidos, se arrojan hermanados á los cálidos arenales de Africa, á defender la honra y el esplendor de la nación.

Si, Dios protegerá nuestra causa porque nuestra causa es justa, porque el objeto de la guerra que vá á empezarse es grande, porque el objeto de la guerra es bueno, es santo.

La Europa entera nos mira, la Europa entera contempla muda de sorpresa, la actitud resuelta de España, porque no creía que nuestro ejército, ni nuestra marina, se encontraban en tan brillante estado.

El orgulloso árabe tiembla; ha provocado imprudentemente nuestro enojo, porque creía encontrar en nosotros la raza indolente de Rodrigo, y mudo de espanto, conoce, aunque tarde, que aún circula por nuestras venas sangre de Pelayos y Alfonsos, y que aún late nuestro corazón al solo nombre de los héroes, que con un puñado de soldados supieron estender los límites de su nuevo reino, espada en mano, á despecho de los Almanzores y Boabdiles, desde un rincón de Asturias, hasta las floridas riberas del Darro.

El tigre africano, siente pavor en su guarida, al oír el rujido del león de Castilla.

Pronto, muy pronto nuestros valientes soldados pisarán las tostadas arenas de sus desiertos, y dignos imitadores de las glorias de los Navarros y de los Córdoba, clavarán el pendón nacional sobre los muros de las ciudades africanas, y el soplo ardiente de sus brisas, volverá á mecer como en otro tiempo la enseña que desplegó en Orán el Cardenal Cisneros.

Pronto, muy pronto, sobre las torres y los botareles en donde se muestra orgullosa la media luna, se alzará triunfante la enseña del Gólgota,

y los hijos de Agar, los bárbaros rifeños, humillarán su maldecida frente ante los hijos del Nazareno.

¡ Dichosos días de gloria esperan á la España! La nacion generosa, la nacion trabajada por la ambicion y la intriga, la nacion que á causa de la desunion de sus naturales ha sido despreciada por unos y escarnecida por otros, vá á brillar de nuevo, y á ocupar el puesto que por su posicion topográfica, por las riquezas que encierra en suseno y por el valor de sus hijos la pertenece.

Dios proteje nuestras armas, y el pueblo del dos de Mayo y de San Quintin, sabrá hacer de cada dia una victoria y de cada batalla unas Navas de Tolosa.

El pueblo vencedor en las márgenes del Salado, el que tomó á Granada y rindió á Toledo, sabrá añadir nueyas hojas á la corona de inmarcesibles laureles que orna su guerrera frente.

Y olvidando antiguos rencores intestinos que le empequeñecen y le debilitan, se volverá á mostrar digno de su nombre, se volverá á mostrar á los ojos del mundo, con el lustre y esplendor de sus antiguos dias.

JULIAN CASTELLANOS.

Seccion literaria.

EL DIA DE TODOS LOS SANTOS.

¡Qué eco tan lastimero producen hoy las campanas!

¡Por qué con sus lenguas metálicas saludan tan pronto el día?

¡Y su sonido es diferente al de otras veces!

No causa la sensacion de cuando tocan á gloria, para anunciarnos que un nuevo ángel, asustado de las miserias del mundo, vuela al Cielo; no es la llamada á los fieles para que acudan á la casa del Señor á tributarle gracias por los dones adquiridos, ó solicitar con piadosas oraciones los que desean lograr: ni es el sonido que hiere de temor religioso los corazones donde se anida la fé, el amor hácia el Dios que nos ha criado, sonido que anuncia que ese mismo Dios sale de su casa para visitar un alma próxima á desatar los lazos que la ligan á la materia, y que al volver al lado del Señor, de quien procede, quiere ir limpia, pura y digna: es un sonido mas lúgubre: empezó desde que las primeras tintas de la aurora alumbraron el firmamento, pero no es un saludo al alba, que exhala el mundo regocijado á la vista del nuevo dia.... es mas tétrico, causa un sentimiento mas profundo.... las campanas tocan á muerto!!

¡A muerto! Y no es una sola, son todas: no es un templo, son todos. Desde el centro de las poblaciones, donde moran los opulentos señores, libres del frio, en sus lechos de colgaduras de damasco, hasta los barrios mas apartados, donde el infeliz jornalero pasa las largas horas del invierno tiritando sobre un miserable jergon, llega el eco triste, que por los aires retumba, enjendrado en las altas torres que dominan á la poblacion, y todos los semblantes quedan tristes, y las alegrías soñadas por el porvenir mueren en las tristezas presentes: el corazon cristiano se recoje en su fé: el corazon del impío late mas ajitado, y el sonido triste que le persigue á su pesar, le hace creer que despues de esta vida velóz y fugáz, vendrá la muerte: la muerte que le anuncian las campanas, y detrás de aquella muerte el terrible momento de presentarse ante Dios, severo juez, que ha de castigar sus pecados y premiar sus virtudes.

Venid, venid, hoy es *el dia de todos los Santos*.

Venid, venid, visitad conmigo los cementerios sagrados; última morada donde se confunden el poderoso y el mendigo: lugar, donde el hombre enjendrado del polvo, volverá á ser polvo, despues de haber llevado hasta Dios el soplo espiritual que le habia animado, el alma, responsable ante el Sumo Hacedor de sus acciones en esta vida.

Venid al cementerio, allí vá hoy todo el mundo.

La madre, enlutada y llena de penas, vierte lágrimas que nacen de lo íntimo de su corazon, y sus ojos secos ya de tanto llorar, al ver la fria losa que cubre el cuerpo del que fué su querido hijo, vierten de nuevo copioso llanto, y con sus fervorosas plegarias pide á Dios aplaque su justa cólera y perdone á su amante hijo las faltas que en su tránsito es esta vida pudiera cometer.

Venid: la esposa que perdió al esposo, cuando aún disfrutaban las delicias de su reciente enlace, tambien está arrodillada y reza por él.

Y arrodillados rezan los pobrecitos huérfanos á quien la muerte al arrebatarnos sus padres, les privó de cuanta dicha y consuelo el mundo les ofrecía.

Arrodillado reza el hermano por el hermano, el amigo por el amigo, y todos contritos y llorosos visitan los santos cementerios, y lloran y ruegan por las almas de las personas, con quien les ligaran algunos lazos.

¡Quién no tiene un alma por quien rezar!

¡Quién no ha perdido algun ser estimado de su corazon?

¡Quién puede decir *el dia de los Santos* es indiferente para mí, no tengo por quien llorar, no tengo por quien pedir á Dios?

Y aunque así fuera; no son todos los hombres

hermanos? Pues entonces, ven, ven conmigo, y visita el templo de la muerte: ven, ven conmigo y al ver llorar, llorarás, y al ver rezar, rezarás, y despues de haber llorado y rezado, de reflexionar sobre la poca estabilidad de las cosas humanas, y la infinita de la eternidad, quizás oigas con menos dolor el sonido lúgubre de las campanas que tocan á muerto.

Venid á los cementerios: hoy están llenos de gente, y adornados de flores, y brillantes y resplandecientes de luces:

Pero esas gentes, no están con el rostro alegre y rebosando alegría, porque no es á una fiesta adonde acuden, porque no van á satisfacer caprichos sensuales, van al palacio de la muerte, convocadas por el sonido de la lúgubre campana, que las arrancó de un delicioso sueño:

Está lleno de flores el cementerio; pero son flores de muerto, flores amarillas sin olor, sin fragancia:

Brilla y resplandece con las luces; pero esas luces son blandones colocados sobre los sepulcros, y el chisporroteo de la cera al consumirse forma coro con las plegarias y los lamentos de las personas que arrodilladas rezan.....

Venid á los cementerios: hoy están abiertos y la multitud les visita, en otros dias del año desiertos y mirados con religioso respeto, solo abren sus puertas cuando entra una procesion terrible, con hombres vestidos de negro, echan tierra sagrada sobre el cuerpo del ser que pocas horas antes dejó de existir, y luego como poseidos de un terror pánico, se apartan de aquel lugar, que vuelve al mas espantoso silencio; interrumpido solo por el chasquido de las cajas mortuorias al romperse, y el cántico de las aves nocturnas que revolotean en aquella atmosfera.....

Venid á los cementerios: el recuerdo de la muerte brotará en vuestros cerebros, y muchos corazones exhaustos de fé y de relijion se inundarán de ella en presencia de tales recuerdos.

Venid á los cementerios: hoy mas que nunca: la guerra vá á comenzar, nuestro honor manchado necesita lavarse; la bandera española se alzará poderosa humillando á la altiva media luna: toda la nacion lo dice con regocijo, con entusiasmo y la voz de la nacion entera no miente, cuando esa voz es hija del valor que germina en nuestros corazones: nuestro nombre está ultrajado por los descendientes de aquel pueblo que tantas veces huyó ante nuestros aceros: de un pueblo, que, por espacio de siete siglos y de derrota en derrota, tuvo que abandonar nuestra península que regó con su sangre, y arrojado á los desiertos arenales africanos, devoró en ellos sus venganzas y sus lágrimas: hoy resucita, hoy anhela combatir: nos insulta, volemós á la lu-

cha: estamos acostumbrados á vencerlos, humillemos sus frentes que tantas veces hemos humillado, y con su impura sangre laven los insultos que sobre España lanzaron, insultos que Europa entera contempló admirada creyendonos dormidos, cuando solo esperábamos el momento oportuno para vengarnos: hoy el leon español se levanta con energía, y entre sus poderosas garras destrozará al que se atrevió á ofenderle.

¡Triunfaremos! Dios bendice nuestros ejércitos; porque Dios bendice las justas causas, y ¿qué causa mas justa y santa que la nuestra? ¡Triunfaremos! pero el triunfo costará sangre: el ángel de la muerte estenderá sus negras alas mecándose sobre los cadáveres de los campos de batalla: aquellos cadáveres tendrán familias, padres, que llorarán por ellos, hijos, esposas, hermanos, amigos.....

Vamos, venid á los cementerios, y pidamos á Dios por las almas de los que han muerto: por las almas de los que sucumbirán en esa gloriosa lucha, que vá á comenzar para dejar ileso el honor de nuestra querida patria, hoy mancillado.....

Venid..... las campanas tocan á muerto..... los cementerios están llenos de gente que reza y llora....., recemos y lloremos.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Toledo 30 de Octubre de 1859.

Poesías.

A MI MADRE.

Era muy niño, y sentía
Inusitada alegría
Cuando la palabra «madre»
Doquiera llegaba á oír.
Muy atento la escuchaba,
Y en mi mente la grababa
Con afanoso cuidado:
La queria repetir;
Mas mi lengua torpe y muda
No me prestaba su ayuda,
Y en sollozos prorrumplia
Al mirar su ingratitud:
¿Pero qué tendrá ese acento
Que dá tal dicha y contento?
¿Dónde su valor se halla?
¿En dónde está su virtud?
¡Ahi! despues lo he conocido,
Cuando de ese ser querido
Las caricias, los alhagos
Pude dichoso gozar:
Y entre un beso y otro beso
Me llamaba su embeleso,
Y cariñosa y amante
Ibame enseñando á hablar:
Cuando á mi cuna inocente
Asomábase riente

Observando con cuidado
 Aquel sueño de candor:
 Cuando llena de dulzura
 Aplacaba mi tristura,
 Y mis lágrimas secaba
 Con puro celeste amor:
 Cuando al mirar mi alegría
 Contenta también reía,
 Y sus penas olvidaba
 Al ver mi risueña faz,
 Juzgué que este santo nombre
 Encerraba para el hombre
 Cuanto de bello y hermoso
 Hay en el mundo capaz.
 Hoy que lejos de su lado
 Me encuentro desconsolado,
 Recuerdo aquellas caricias,
 Aquellos besos de amor;
 Y en medio de mi tristura
 Es mi única ventura
 La memoria de mi madre,
 Esto calma mi dolor.
 Y sueño con alegría
 En el halagüeño día
 Que la estreche entre mis brazos,
 Que pueda volverla á ver,
 Porque es mi madre adorada
 Mi única dicha anhelada,
 Y soy feliz á su lado
 Cual un hombre puede ser.
 Contemplo en mi amargo duelo
 El puro azulado cielo,
 Cortina sutil que esconde
 El santo trono de Dios:
 Miro la fúljida estrella
 Tan deslumbrante, tan bella;
 El rojo sol, clara luna
 Se llevan mi vista en pos:
 Pero mi mente se exalta,
 A mi espíritu algo falta,
 Que en medio de tal belleza
 Vacila, no se halla bien:
 Y no me produce encanto
 El suave armonioso canto,
 Que en la vecina arboleda
 Lanzas aves cien y cien:
 Ni las fuentes cristalinas
 Que resbalan entre chinás,
 Ni los arroyos de plata
 Que el césped van á regar:
 Ni el bullicioso torrente,
 Ni el río que mansamente
 Lleva sus aguas tranquilas
 A sucumbir en la mar:
 Ni la terrible tormenta
 Cuando entre truenos revienta,
 Y algún chispazo sulfúreo
 Llena el mundo de pavor:
 Ni noches puras serenas,
 De dicha y ventura llenas,
 Y que parecen creadas
 Para gozar del amor:
 Ni mitiga mi tristura
 De una niña la hermosura,
 Aunque sus ojos purísimos
 Me brinden felicidad.

Ni el amigo me consuela...
 ¡Que mi alma triste vuela
 Mirado como á un vacío
 El mundo, la sociedad!
 ¿El qué tienes, alma mía?
 Cóbra, cobra tu alegría
 Que en los brazos de una madre
 Encontrarás tu placer.
 Es que ese amor la faltaba,
 Y mi alma se secaba
 Cual se marchitan las flores
 La luz del sol al perder.
 Mi madre con amor santo
 Secará mi acerbo llanto,
 Será bálsamo precioso
 A mi herido corazón.
 Sus palabras, sus consejos,
 Serán fúljidos reflejos
 Que me estorbarán la senda
 Del mal y la perdición.
 Dios en su saber profundo,
 Al crear el bello mundo
 Puso en las madres el santo
 Y dulce amor maternal.
 Por eso es tan grande y bello,
 Como divino destello,
 Y como cosa que es solo
 Emanación celestial.
 Alma, goza, que los brazos
 Que fueron queridos lazos
 Donde pasaste tranquila
 Tu venturosa niñez,
 Mañana bien cariñosos
 Se estenderán codiciosos
 Para acojerte de nuevo,
 Para estrecharte otra vez!...
 Su amor disfruté de niño,
 Hoy vivo por su cariño,
 Pues es mi única esperanza,
 Sin él no puedo existir:
 El es mi constante ejida,
 Con él correrá mi vida
 Entre flores y entre rosas
 Sin un día de sufrir.
 En cambio, madre adorada,
 De esa joya tan preciada
 Que me inunda de ventura,
 Por ese amor maternal,
 Yo te daré cuidadoso
 Otro no menos precioso
 Para el alma de una madre,
 Cual es el amor filial.

Toledo y Agosto, 1859.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

AYES DEL ALMA.

Del cristalino Tajo
 En la ribera,
 Te rí una graciosa
 La vez primera,
 Fresca y galana
 Como el claro rocío
 De la mañana.

De tu voz argentina
La melodía,
Inundó de ilusiones
El alma mía,
Que es mas suave
Que el trinar placentero
Que exhala el ave.

Tu aliento perfumado
Mas que las flores,
Me dejó entusiasmado,
Loco de amores,
Y de mi alma,
Perdí desde aquel punto
La dulce calma.

Desde entónces huyeron
Mis alegrías,
Y en la márjen del rio
Paso los días,
¡Vana quimera!
Pues tú bajar no quieres
A la ribera.

Y en la fáz de la luna
Y en los colores
Que en la verde pradera
Tienen las flores,
Miro grabada
Tu fáz encantadora,
Niña adorada.

Si; desde aquel instante
Baga mi vida,
En un mar de ilusiones
Por tí perdida,
Sin paz ni calma,
Mandándote en las brisas
Ayes el alma.

JULIAN CASTELLANOS.

MI DECLARACION A FLORA.

Ánجل hermoso de negros cabellos
Que suaves se ajitan al aura de Abril,
Yo aprisionado con gusto por ellos,
Tan solo en sus redes anhelo vivir:
Loco me tiene tu grande hermosura,
Y arde en amores mi fiel corazon;
Tú sola puedes labrar mi ventura,
Apaga este fuego ten ¡ay! compasion.

ÁNJEL DEL CAMPILLO Y BAIGORRI.

CUENTO.

Imitacion del Duque de Rivas.

Oid un cuento al momento,
Que forjó mi fantasia,
En él reinará alegría
Porque á mi gusto lo cuento.

Soy uno de aquellos séres
Que nunca abrigan temores,
Aborrezco los dolores
Y apadrino los placeres.
Que aunque suele el corazon
Muchas veces ser injusto,
Doy rienda suelta á mi gusto
Con razon ó sin razon.

No ireis á creer por eso
Que diré cosas de risa,
Pues soy capaz si precisa
De hacer de llorar á un queso.

Ni os vaya á causar enojos
La comparacion de ahora,
Que por los ojos se llora,
Y los quesos tienen ojos.

Para poder referir
Como se debe la historia,
Tened en vuestra memoria
Que no os habeis de reir.

Porque en el momento aquel
Que se oiga una carcajada,
Sin decir á nadie nada
Concluyo; vamos con él.

«Con los ojos en un plato
»Estaba buscando un can
»Las pantorrillas de un pato,
»Mientras limpiaba un zapato
»La torre de San Roman.
»Después»..... tú bella María
Sin precaucion te reiste,
Y pues la culpa tuviste.....
Ya hablaremos otro dia.

GABRIEL BUENO.

Noticias varias.

ES DIGNO DE ELOJIO. En atencion á que el Gobierno de S. M., no descuenta al clero nada de sus rentas, los Sres. Dean y Doctoral de esta Santa Iglesia Primada, han acudido al Eminentísimo Cardenal de su diócesis proponiéndole se les haga un descuento gradual de sus haberes, hallándose dispuesta tan respetable clase á hacer cuantos sacrificios sean necesarios en favor de la guerra declarada á Marruecos; esperan contestacion de su digno Prelado que creemos lo hará conformándose y apoyando tan patriótico pensamiento, y que prueba el espíritu nacional que anima al clero de esta capital, que como todo buen español procura porque nuestras siempre victoriosas armas triunfen del agareno.

TEATRO. Repitiendo *El Juramento*, *El Relámpago*, y *El Sarjento Federico*, pasamos la semana, excepto el sábado que se puso por primera vez, en esta temporada, la zarzuela de grande espectáculo *Los Magyares*: en los tres primeros actos se esmeraron en la ejecucion, y vimos algo nuevo en el señor Quintana que interpretó el Fray José mejor que sus antecesores: la Sra. Valentin, graciosamente vestida de aldeana, desempeñó Marta con bastante acierto, aunque algo ajitada en la presentacion de Alberto en el tercer acto, donde el gobernador de Buda, mirándola fijamente, espera que la emocion la denuncie y se descubra no es ciega, desbaratando el plan que habia concebido á remediar su falta y salvar á la emperatriz María Teresa; tampoco vamos conformes en que la caída, despues de la terrible prueba del puñal, se haga en sillón, cuando en la situacion que se manifiesta no debia estar para buscar tan cómodo punto de apoyo: sin embargo ésta que nosotros juzgamos falta, no podrá serlo para el público en general, y que por ello no desmerecerá nunca el relevante mérito de

la Sra. Valentin: el Sr. Campoamor estuvo inspirado, y sobre todo en la primera salida al volver á su querido pais: el señor Marin perfectamente en el Alberto, muy animado y á tiempo: la Srita. Lutgarda y los demás hicieron lo que pudieron, como los coros de ambos sexos que estuvieron como siempre bien: en cuanto á orquesta, cada dia la encontramos con mejor armonía, debido sin duda al infatigable celo del Sr. Rojel; le felicitamos sinceramente aunque sin conocerle personal, y esperamos que hasta tener el disgusto de que nos abandone, continúe como hasta aquí.

Pasemos ahora á la ejecución del cuarto acto y del que aun no hemos hecho mérito: cuando llegaron á la procesion nos encontramos sin banda de música y menos acompañamiento que otras veces, y gracias á que el Sr. Rojel hacía porque en la marcha se oyeran los piauós y fuertes que convenian, pasó y terminó esa escena, pero al estallar la revolucion todo fué confusion, los soldados del gobernador, mayor en número que los montañeses, y sin lidia ninguna, fueron aquellos acosados por éstos dejándolos completamente derrotados á fuerza de empellones; la Sra. Valentin sin duda por algun error del interior se presentó con anticipacion gritando desafortadamente ¡viva el principe! ahogándose su voz con las del gobernador y Alberto que tenian versos antes, y en fin terminó todo en el mayor desórden, quitando el mérito de los actos anteriores; esperamos no se repetirán estas escenas que pueden desagradar con razon al público y perjudicar los intereses de la empresa: el Teatro concurrido como siempre.

El domingo se repitió con mejor éxito, pero empobrecida la procesion como en la noche anterior, y quisiéramos, si es que se vuelve á poner en escena, el que los jueces que van á presenciar nada menos que la abdicacion de la emperatriz María Teresa, no lleven los pantalones llenos de barro y alpargatas; no los veria el gobernador Roberto, preocupado sin duda en que llegaba el momento de saciar su ilimitada ambicion, que de no, les hubiera advertido que estaban poco decentes para asistir á tan solemne acto.

De la ejecución de *La Hija de la Providencia* nada podemos decir por entrar nuestro número en prensa.

Concluimos rogando á algunos de nuestros paisanos que no aplaudan cuando el caso no lo requiere ni hay para qué, llamando la atencion é interrumpiendo lo que debia oírse para aplaudirlo; es tambien una verdad que hay gustos raros y nos sorprende la cosa mas insignificante de una escena, pero nó rayando en locura y aplaudirlo frenéticamente como hemos oido ya algunas noches, solo los tontos ó locos son capaces de tales excesos y siendo así no debian asistir á espectáculos públicos.

J. S. DE LA CUERDA.

Variedades.

SIMILES.

—¿En qué se parece un estudiante que sale mal en los exámenes ordinarios, á un ahorcado?

—En que queda *suspense*.

—¿Y el mismo estudiante si naufraga en los extraordinarios, á un toro de malas condiciones para la lidia?

—En que le *reprueban*.

—¿En qué se parecen ciertos pollitos á los cocodrilos?

—En que para volver la cabeza necesitan mover todo el cuerpo: el uno por la disposicion de su columna vertebral, los otros por la fortaleza de sus tirillas.

—¿Y la cara de algunas mujeres, con las paredes de una cocina?

—En que se enjalbegan.

EPIGRAMAS.

Cuando entró en casa D. Diego
Se quedó el pobre admirado,
Al ver á un jóven sentado
Con su bella esposa al fuego.

Despues que hubo de ausentarse
«Qué quiere?» dijo el marido,
Y ella contestó «ha venido.....
Ha venido á calentarse.»

Sábio es por muchas razones
Entre sábios D. Abdon
Y aunque tiene muchos *dones*,
Si firma algunos renglones,
Modesto coloca un *Don*.

GABRIEL BUENO.

APOLOGO.

Queriendo dedicarse á ser torero
El hijo de Martin el molinero,
A la plaza bajó dando un gran salto
Y á capear se puso por lo alto;
Al quererle plantar las banderillas
Un toro le atrapó por las costillas,
Contra el pobre embistiendo de tal suerte
Que á las puertas estuvo de la muerte.
*Esto prueba el refrán, que de los males
Es el peor tratar con animales.*

ANASTASIO GAMERO.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

Un cura compró anteayer
Una *cuchara* preciosa
Y en *charada* no graciosa;
La envolvió y echó á correr,
De Aljeciras en la *rada*
Para Ceuta se embarcó,
Y allí de nata comió
Con ella una *CUCHARADA*.

Un suscriptor.

CHARADA.

En mi primera y segunda
Yo me atreviera á pasar,
Lo que de vida me resta
Y aunque fuera mucho *masa*
A mi tercera y segunda
Ansío tanto encontrar,
Como el gato hambriento anhela
Algun ratoncillo hallar.
Y mi primera mil veces
Suele dulce murmurar
El labio de alguna bella
Cuando espera á su galan.
Y el todo, lector querido,
Es tan fácil encontrar,
Como beberse ahora mismo
Una copa de coñac.

ANASTASIO GAMERO.

Editor responsable, D. Juan Bueno.

TOLEDO: 1859.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

Atcha, 34, y Nuncio Viejo, 11.